

VIDA Y MUERTE, SALUD Y ENFERMEDAD DEL RELIGIOSO

Y DE LA RELIGIOSA

Acababa de celebrar misa en una parroquia de Toronto y me detuve a conversar con una religiosa anciana que encontré a la salida. Me contó que pertenecía a una comunidad que tenía su convento a pocos metros de la Iglesia, a la que venían diariamente las que podían. Le pregunté a qué se dedicaban. La religiosa sonrió.

"Empezaré por decirle, me dijo, que somos siete hermanas y yo soy la menor; y tengo ya 73 años. Nos avenimos muy bien, nos cuidamos las unas a las otras, tenemos una muy buena vida de comunidad, rezamos mucho, hacemos lo que podemos y somos muy felices".

Le pregunté si su madre provinciala no podía mandarles algún refuerzo.

"Nos lo ha ofrecido, me contestó, pero le hemos pedido que no lo haga. ¿Para qué sacrificar una hermana joven, deseosa de un apostolado activo y novedoso, por cuidar una media docena de ancianas? Hay pocas religiosas jóvenes y ciertamente que renovar esta casa no es una prioridad. Le hemos pedido a nuestra madre superiora que nos deje seguir mientras podamos, haciendo lo que podemos. Y cuando ya no podamos más, se cierra la casa".

Me lo decía con mucha paz, con alegría incluso. No le daba pena estar envejeciendo, ni que su comunidad fuera de ancianas e inválidas, ni que su familia religiosa se estuviera extinguiendo por falta de vocaciones.

"Dios sabe por donde lleva su Iglesia y al mundo, me

2.

decía. El mundo se acerca o se aleja de El. La vida religiosa florece o decae. Y cada religiosa debe pasar por todas las edades de la vida. Nosotras estamos felices de vivir nuestra vida religiosa hasta el fin, a la edad que tenemos y en la época en que vivimos. La suerte de la Iglesia y del mundo está en las manos de Dios. Nosotros rezamos; atendemos lo que podemos, visitamos enfermos, hacemos catequesis, ayudamos en la sacristía: es muy poco

pero otros harán lo demás y Dios hará lo que no podemos hacer".

Yo quedé admirado. Me acordé de ese dicho: "hoy es el primer día de mi nueva vida". Esa monjita -y sus hermanas- estaban viviendo en paz y alegría el primer día de su nueva vida de religiosas ancianas, fieles a la entrega de los días de su juventud.

"Cuando tú eras joven, le decía el Señor a Pedro, tú te vestías tu mismo e ibas donde querías. Cuando llegues a viejo, otros te vestirán y te llevarán a donde tu no quisieras ir" (Juan 21,18). Aceptar la vejez, la invalidez incluso, con todas sus limitaciones y sus sufrimientos, aceptarla con paciencia y confianza, en paz y alegría, y sentir que nunca somos tan fieles a nuestra vocación religiosa, ni tan útiles a nuestra comunidad, a nuestra Iglesia y al mundo como entonces, es señal de auténtica santidad religiosa.

Gabriela Mistral escribió un hermoso poema. María, la de Betania, ha muerto. Y Lázaro, su hermano, también. Marta ha quedado sola en su casita que tuvo la dicha de acoger al Señor. Hacendosa como siempre, sigue atendiendo a los quehaceres de su hogar. Pero, cuando cae la tarde, viene a sentarse en el piso de madera en que se sentaba María para escuchar al Maestro. Y de día en día, su permanencia allí se alarga mas y mas. Y la muerte la sorprende sentada en el piso de María.

Ciertamente que esos últimos años de menor trabajo y de oración silenciosa han contribuido a la santidad de Marta tanto más que aquellos en los que tanto se afanaba y se agitaba por atender a todo. Ella lo hacía por amor del Señor pero al final de su vida, vivía en el amor del Señor.

La enfermedad y la muerte afectan a todos por igual. Para los hombres y mujeres del mundo, el refugio, el consuelo, la ayuda vienen por lo general de la familia. Nosotros no tenemos una familia que se haga cargo de nosotros en la vejez y la enfermedad. Solo tenemos nuestra familia religiosa.

Cabría preguntarse si religiosos y religiosas saben atender bien a sus enfermos y a sus ancianos, incluso a sus moribundos. Por lo general se cuenta hoy día con los cuidados médicos necesarios. Hay médicos, hay enfermeras, hay clínicas para atendernos. Pero ¿hay en grado

suficiente, respeto, comprensión, paciencia, cariño, delicadeza para los que están decayendo? La sordera, la ceguera, la invalidez, la torpeza para valerse por uno mismo aislan al anciano o a la anciana de su comunidad. No hay tiempo para ellos. Una palabrita rápida al pasar, una broma mil veces repetida pero sin comunicación, solo para salir del paso. Pero ¿quién piensa en las largas horas de soledad, de pruebas interiores, de padecimientos silenciosos, tal vez de dudas, de temores, de angustias que suelen afligirnos al acercarse la hora de la muerte?

El Padre Damaceno Espinoza, franciscano, era un apóstol del sacramento de la penitencia. Grávemente enfermo, casi a la agonía, seguía atendiendo a penitentes que venían a confesarse a su cuarto de enfermo. ¡Feliz él que hasta el último instante de su vida pudo ejercer su ministerio, ser útil y sentirse útil! Pero ¿cuántos de nosotros que aun podrían ser útiles en algo, que quisiera hacer algo por los demás, aunque fuera lavar los paños litúrgicos, rezar una novena o hablar de Dios, tienen la sensación de que estorban, que lo mejor que pueden hacer es quedarse tranquilos y no molestar a los que trabajan con todas las fuerzas de la juventud y de la salud?

Los analistas del hombre y de la mujer actuales señalan la gran importancia que ellos le dan a la salud, a la juventud y a la aptitud y belleza físicas. Algo de eso tiene que influir en nosotros los religiosos. Para bien y para mal. Sería para mal si nos volviéramos excesivamente preocupados de nuestro físico y de nuestra apariencia externa. No nos pongamos "narcisistas". La vida religiosa es otra cosa.

Pero sí tenemos que asumir el aspecto positivo de esta tendencia moderna. Debemos cuidar de nuestra salud y de nuestro estado físico, que son los medios de que disponemos para servir a Dios y a los hombres. Y debemos entrar por el sistema actual de atención de salud porque, a la larga, resulta mejor que la medicina tradicional para prevenir la enfermedad y para mantenernos hasta la vejez en condiciones de trabajar y de servir.

El religioso y la religiosa viven en el mundo y para el mundo, sin ser del mundo. No podemos seguir la moda, no debemos someternos al "imperio de lo efímero" señalado por Lipovetski como una característica de nuestra época. Pero sí debemos ser tales en nuestra presentación física que podamos llegar a todas partes y ser recibidos en todas partes sin

llamar la atención ni por estar "a la última moda" ni por estar obsoletos y fuera de la realidad de hoy.

Salud y enfermedad, vejez y muerte. Son temas que mucho han preocupado a hombres y mujeres de todos los tiempos. Son temas que preocupan mas que nunca al hombre y a la mujer de hoy. Son temas que los religiosos y religiosas debemos asumir y, al asumirlos bien, dar al mundo un testimonio, muy necesario y muy valioso.

Debemos decir al mundo con nuestra actitud que "hemos de buscar el reino de Dios y su justicia" y que "todo lo demás nos será dado por añadidura", (Mt.6,33). Que salud o enfermedad, juventud o vejez, vida o muerte no son instancias decisivas. Lo que importa es estar en gracia de Dios, cumplir la voluntad de Dios, servir a Dios y a los hombres con alegría. Pero, al mismo tiempo, cuidar razonablemente nuestro cuerpo -y también nuestra mente- para servir mejor a Dios y saber que, aunque se "deshaga nuestra morada terrenal" poco a poco, seguiremos viviendo, eternamente jóvenes, eternamente sanos, en el reino de nuestro Padre Dios.

+ Bernardino Piñera C.

Arzobispo Emérito de La Serena